

# Carta

*Rafael Alcides*

La Habana, 2 de mayo del 2002

Querido Pablo Díaz:

Al saber de la muerte de tu padre, y no pudiendo darle el pésame a él mismo, que en este caso es la persona más afectada, llamé por teléfono a Raúl Rivero por entender o sentir que así estaría de algún modo hablando con el propio Jesús, una vez que ambos, Raúl y él, han sido como hermanos, y saber a Jesús al comienzo de la eternidad literaria de Raúl. Uno sabe que hay que morir, Pablo. Inclusive entiende que a uno mismo un día le suceda. Pero no entiende que también le tenga que suceder a los amigos. La realidad lo desmentirá cuantas veces quiera, pero el corazón seguirá diciendo que aquellos a quienes amamos pertenecen a otra raza, llegaron de otros cielos. El corazón no se equivoca, pero la realidad tiene sus mañas. Ha sido el caso, Pablo. Lamentablemente, hay que admitirlo... aunque, de todos modos, voy a pensar, voy a seguir pensando contigo, con tu hermana, con Raúl, con Manolo Díaz Martínez y tantos más, que disfrazado de pianista árabe como el personaje de su último cuento publicado, el verdadero Jesús Díaz se ha quedado por ahí, sin darse cuenta de que nos asusta, preparando el próximo número de la revista.

Mientras tanto, esta muerte aparente es algo más que un crespón de luto (invisible por ahora) en la bandera cubana. En los años que vienen otros se ocuparán de los cuentos de tu padre, de sus novelas, de sus ensayos, y hasta de sus mujeres y de las películas que le gustaban; yo en cambio lo recordaré como al buen amigo, el hombre inquieto, sin envidias, el gentil, el caballero a toda hora con la mano lista para ayudar al caído o al que todavía no existía, o había caído en el olvido, recordaré al Jesús iniciador, a aquel temprano iniciador, mentor, abanderado de toda una extensa promoción de escritores de su país, evocaré al Jesús que durante cuarenta años abrió puertas, buscó nuevos espacios, creó puentes, formidables puentes ejemplarmente democráticos en el que hasta el creador que no pensaba igual que él fue homenajeado, sometió a análisis minuciosos las ideas y las circunstancias de su tiempo, cambiante como todos, pero el suyo (el de nosotros, los de entonces) cambiante como ninguno, y como tal desgarrado, en el fondo parecido a una novela de Dostoievski. *El Caimán Barbudo* de los primeros años, *Pensamiento Crítico*, *Encuentro*, y, al final, *Encuentro en la Red*, dan cuenta de la formidable voluntad de hacer con que vivió Jesús y que anoto entre los rasgos distintivos de su persona,

testimonian su invencible entusiasmo, su pasión torrencial. Fueron empresas editoriales que acometió con el empeño de quien estuviera fundando pueblos o contribuyendo a liberarlos. Empresas que por su importancia, por su peso —trascendentes en el ámbito de la lengua algunas de ellas—, acreditan al promotor extraordinario que en él tuvo la cultura, no la cubana, la Cultura dicha con mayúsculas, la cultura como un Todo, la Cultura como patria suprema en la cual transcurre la gran aventura del hombre, empresas en definitiva que constituyen de hecho el segundo tomo de su rica, extensa y varia obra de escritor y publicista, toda la cual, primer y segundo tomo, ahora que lo pienso, y por las ostensibles razones que mencionaba, no dudo que los libreros del mañana entiendan correcto agruparla bajo un título creado por el propio Jesús para decir adiós a una época, en un libro de juventud: *Los años duros*. Y claro, quién no, tuvo errores Jesús. Los tuvo. Pero eso no lo aleja, por el contrario, lo acerca, puesto que lo humaniza. De todos modos, como todo el que vivió en días convulsos y se alejó de la muchedumbre para pensar por su cuenta, ahora en la muerte tendrá aquellas dos aceras llenas de gentes que soñaba Unamuno para su entierro, pero estoy seguro, Pablo, de que en la acera de los amigos habrá más gentes que en la de los enemigos. Por mi parte, estoy llorando.

R.A.